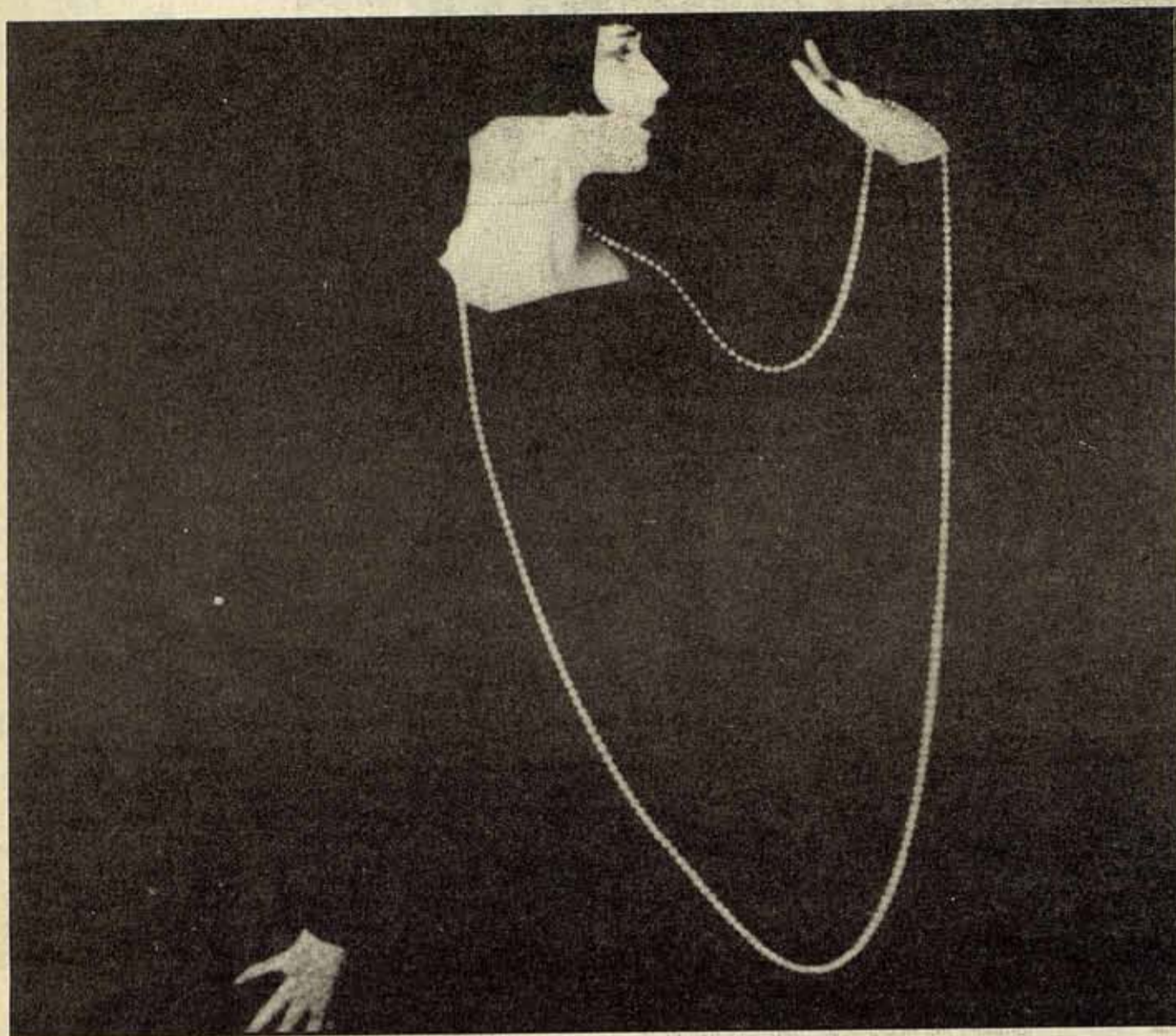


Miren

A vueltas con los géneros



En el debate sobre el feminismo del 8º Congreso hubo muchas intervenciones importantes, que profundizaban en aspectos del proyecto de resolución o abrían a partir de él otros temas sobre los que es conveniente seguir reflexionando y discutiendo. Publicamos una de estas intervenciones, un punto de vista sobre el complejo y apasionante tema de los géneros, su relación con los sexos y con los procesos de socialización que genera el patriarcado, las alternativas feministas en este terreno.

Para centrarnos en el tema, vamos a pensar en dos situaciones diferentes, y a intentar calificarlas como femenina o masculina, olvidando por un momento, el sexo de las personas que podrían realizarlas. Un individuo, persona situada en una cocina con delantal o la actitud de atención servicial hacia las personas que cuida e incluso las demostraciones abiertas de cariño, emotividad, ternura, etc., al margen del sujeto que las realiza, lo asociamos directamente al universo de lo femenino. De la misma forma, la imagen de un Parlamento, o la actividad de fábrica o empresa, ligada a la producción industrial, a la tecnología; así como el ejercicio de la independencia personal, la fuerza, la audacia, etc., lo asociamos directamente al universo de lo masculino.

Así vemos que siguen existiendo modelos de comportamiento, espacios, funciones sociales, aspiraciones, expectativas e incluso valores que podemos clasificar en órdenes diferentes y que concuerdan con la división genérica masculino/femenino.

A menudo se ha querido ver en las diferencias biológicas entre hombres y mujeres la explicación a estos comportamientos propios de la masculinidad y de la feminidad. Pero el mismo hecho de que existan individuos que escapan a las expectativas que esta sociedad

«La socialización de las mujeres en las limitaciones, obligaciones y prohibiciones propias del género femenino es necesaria para dar coherencia y estabilidad al sistema de opresión patriarcal»

ha depositado en ellas como hombres y mujeres, es la más clara evidencia contra cualquier tipo de determinismo biológico, desde el que se pretenda justificar un ser social para las hembras y otro para los varones de la especie humana.

Así, nos encontramos por un lado, con dos sexos biológicamente complementarios sólo para la reproducción. Y por otro, con la existencia de unos códigos culturales polarizados masculino/femenino que responden a dos formas diferentes de socializar a las individuos e individuos. Finalmente comprobamos que existe, en la práctica, una coincidencia mayoritaria entre el sexo y el género. Es decir: la inmensa mayoría de las mujeres son fundamentalmente femeninas y la inmensa mayoría de los hombres fundamentalmente masculinos. Sin embargo, y aunque parezca paradójico, la realidad nos demuestra que cada persona constituye un producto irreplicable con-

figurado a partir de distintas experiencias vitales.

Por esta razón, la gama de comportamientos humanos recoge un abanico muy amplio de variaciones entre estos dos polos de máxima coincidencia, entre lo femenino-mujer y lo masculino-varón; nos encontramos entonces que, no todos los hombres son masculinos al 100%, ni las mujeres absolutamente femeninas.

Sin embargo, y aún admitiendo la variabilidad existente individuo a individuo, las mujeres como grupo sexual guardan un alto grado de similitud entre ellas, lo mismo que los hombres entre sí.

Creemos que la enorme desigualdad con que son tratados los sexos a nivel de obligaciones, oportunidades, prohibiciones, expectativas, etc..., se traduce en una homogeneización de comportamientos y caracteres para cada uno de los sexos.

Otra uniformización de valores, que se produce con la adquisición de género, es una coacción para todas las individuos e individuos, pero, y esto es lo más importante, especialmente para las mujeres, ya que la aceptación del género femenino supone ocupar un lugar inferior en la sociedad. Por eso decimos que el género femenino es agresivo para las mujeres.

Pero ¿por qué se da mayoritariamente esta coincidencia entre sexo-género y por qué nos ha tocado a las mujeres coincidir con un género inferiorizado?

Creo que la razón fundamental hay que buscarla en la opresión patriarcal; en el hecho de que son las mujeres quienes realizan una serie de funciones y tareas, que como sabemos responden a la milenaria división del trabajo en función del sexo.

Por lo tanto, el patriarcado necesita hacer coincidir al sexo oprimido, a las mujeres, con aquel patrón cultural que como sabemos, le prepara para aten-

der a los demás, para ser servicial y preocuparse por el cuidado físico y afectivo-emocional de los que la rodean.

En este sentido, la socialización de las mujeres en las limitaciones, obligaciones y prohibiciones propias del género femenino es necesaria para dar coherencia y estabilidad al sistema de opresión patriarcal.

O ¿creemos que es posible ser ama de casa, madre y esposa sin la inferiorización de la mística de la feminidad, maternidad y domesticidad?

Podemos afirmar que la existencia de géneros es la manifestación de una desigual distribución de responsabilidades con respecto a las tareas necesarias para la supervivencia de la especie.

Creemos por lo tanto, que la conciencia femenina está fundamentada en ese ser social oprimido que son las mujeres. Las visiones particulares de la propia realidad, valores y actitudes están mediatizadas por la forma en que logramos vivir y sobrevivir.

Sin embargo, no creemos que es solamente el ser social de las mujeres quien determina la conciencia femenina, sino que es también esa propia socialización en la feminidad la que ayuda a reproducir las condiciones de vida de las mujeres. Se trata de un mecanismo de ida y vuelta.

Así, por ejemplo, una niña que haya interiorizado los valores de la domesticidad y servicio sentirá que desea realizarse en profesiones más cercanas a estos valores con los que se identifica más: enfermera, peluquera, administrativa, etc...

De esta forma "su propia elección libre" le llevará a realizar actividades que están en consonancia con su forma de ser y a afianzar, con sus propias decisiones, las condiciones de vida femeninas, reproduciendo de esta forma, su ser social.

Desde las corrientes reformistas e institucionales del feminismo, existe un empeño en hacer depender el rol social que cubren las mujeres, directamente de su educación, de los valores adquiridos desde la infancia.

Así, en esta maravillosa sociedad de la igualdad de oportunidades, bastaría hacer conscientes a las niñas de su capacidad de elección y de educarlas en claves más ambiguas para acabar, de hecho, con el predominio de ese rol inferiorizado y, en fin, con la opresión de las mujeres.

Pensamos que se trata de una perspectiva totalmente idealista, que no reconoce las bases materiales de los géneros, que aparecen así, como valores a disposición del consumidor o consumidora en un mercado libre.

Creemos que muchas cosas pueden cambiar y evolucionar dentro de este sistema. El límite está precisamente en su propia reproducción como sistema: el límite de los cambios educacionales en la adquisición del género y en el género mismo, está en el mantenimiento de las relaciones de dominación patriarcal.

Así, para terminar, hemos visto cómo no es posible acabar con nuestra opresión a través de transformar nuestros valores culturales de forma individual. Pero también es cierto que las mujeres, como producto social que somos, podemos reeducarnos en valores considerados masculinos pero que son, a veces, necesarios para la supervivencia en la selva virgen que es esta sociedad y también para cambiarla.

Sin ir más lejos, muchas de nosotras al comenzar a militar en este partido revolucionario, tuvimos que empezar por revolucionar nuestro género. No por ello, debemos entender que la salida es aceptar acriticamente el proceso de masculinización que de hecho nos imponen a las mujeres en el ámbito de la vida pública.

Nuestro objetivo está, por el contrario, en la revalorización de muchos valores femeninos y la construcción de individuos e individuos que recojan todos aquellos valores que, más allá de ser considerados ahora femeninos o masculinos, nos parezcan merecedores de ser universalizables al conjunto de la humanidad.